

corte lo que ocurría en Suiza, y anunciándole que el gobierno bernés invocaba formalmente la protección de la Inglaterra.

El parte de Mr. Merry llegaba á lord Hawkesbury al mismo tiempo que los diarios de Francia llegaban á Londres. Resonó al punto en Inglaterra un grito unánime en favor del pueblo helvético que, según decían, defendía su religión y su libertad contra un bárbaro opresor. Fingió la Inglaterra experimentar en favor de los oligárquicos berneses, que excitaban á los desgraciados labriegos á tomar las armas para defender sus privilegios personales, la misma emoción que nosotros hemos visto comunicarse á la Europa entera en favor de los griegos acuchillados por los turcos; afectóse gran celo, y abriéronse para ellos suscripciones. Pero aquella emoción era demasiado facticia para que pudiera hacerse general, y no pasó de ciertas clases elevadas, que son las únicas que comunmente intervienen en los negocios cotidianos de la política. Grenville, Windham y Dundas inventaron tretas y sofismas para enardecer los ánimos, y acusaron con nueva vehemencia la que llamaban debilidad de Mr. Addington. Acababa de renovarse el parlamento, á iba á reunirse después de unas elecciones generales. El gabinete inglés, fluctuando entre el partido Pitt que se separaba visiblemente de él, y el partido Fox que, aunque más templado desde que se celebró la paz, no cesó de hacer la oposición, no sabía con certeza á quién buscaría por apoyo. Temía mucho las primeras sesiones del nuevo parlamento, y creyó deber hacer algunas gestiones diplomáticas que le sirviesen de argumentos contra sus adversarios.

Lo primero que imaginó fué transmitir á París una nota reclamando en favor de la independencia de la Suiza, y protestando contra toda intervención material de parte de la Francia. Por este medio no sólo no hacía variar de resolución al primer cónsul, sino que además se exponía á suscitar un altercado muy desagradable. Pero no se limitó á eso el gabinete Addington; despachó en calidad de agente á Mr. Moore con encargo de ver y oír á los caudillos de los insurgentes, de juzgar si se hallaban bien resueltos á defenderse, y de ofrecerles en tal caso auxilios pecuniarios de parte de la Inglaterra. Llevaba orden además de comprar armas en Alemania para remitírselas. Esta gestión, fuerza es reconocerlo, no era muy leal ni de fácil disculpa. Dirigiéronse á la corte de Austria comunicaciones más serias todavía para avivar su inveterada aversión contra la Francia, exasperar su reciente queja por causa de los negocios germánicos y alarmarla sobre todo por lo tocante á la frontera de los Alpes. Hasta se le llegó á ofrecer un subsidio de cien millones de florines (doscientos veinticinco millones de francos) para que se determinase á abrazar la causa de la Suiza. Tal fué por lo menos la noticia que envió á París el mismo Mr. Haugwitz que tenía gran cuidado de estar al corriente de cuanto podía interesar á la conservación de la paz. Hizose otra tentativa, aunque menos declarada, con el emperador Alejandro, de quien se sabía estar asaz comprometido en la política de la Francia de resultados de la mediación ejercida en Ratisbona. No se hizo gestión alguna cerca del gabinete prusiano, que era notoriamente adicto al primer cónsul, y á quien por esta razón se trataba con cierta frialdad y reserva.

Estas gestiones, por indecorosas que fuesen estando en plena paz, no podían ser de mucha consecuencia, por cuanto el gabinete británico iba á encontrar á todas las cortes del continente más ó menos ligadas con la política del primer cónsul; las unas, como la Rusia, por hallarse en la actualidad asociadas en sus obras; otras, como la Prusia y el Austria, por estar haciendo instancias para conseguir de él ventajas enteramente personales. Era, en efecto, el momento en que el Austria solicitaba y obtenía por fin una extensión de indemnizaciones en favor del archiduque de Toscana. Pero el gabinete inglés cometió un acto mucho más grave y que produjo después inmensas consecuencias. Estaba dada la orden para evacuar el Egipto, pero no aún la de evacuar á Malta. Hasta el presente esta dilación dependía de motivos disculpables, é imputables más bien á la cancillería francesa que á la cancillería inglesa. Se recordará que Mr. de Talleyrand se había descuidado en llevar á efecto una de las estipulaciones del tratado de Amiéns; según esta estipulación debía requerirse de la Prusia, de Rusia, de Austria y de España, que tuvieran á bien organizar el nuevo orden de cosas establecido en Malta. Desde los primeros días de la firma del tratado, los ministros ingleses, deseosos de obtener dicha garantía antes de evacuar á Malta, habían desplegado el mayor celo en reclamarla de todas las cortes; pero los agentes franceses no habían recibido instrucciones de su ministro. Mr. de Champagny tuvo la prudencia de conducirse en Viena como si las hubiera recibido, y el Austria concedió la garantía. Por el contrario, el joven emperador de Rusia, participando muy poco de la afición de su padre á todo lo que tenía relación con la orden de San Juan de Jerusalén, y juzgando onerosa la garantía que de él se deseaba, por cuanto podía acarrear tarde ó temprano una obligación de seguir un partido entre Francia y la Inglaterra, no estaba dispuesto á darla en manera alguna. Careciendo el embajador de Francia de instrucciones para cooperar con el ministerio inglés, y no atreviéndose á suplirlas, el gabinete ruso se abstuvo de entrar en explicaciones, y dejó pasar el tiempo sin dar una respuesta. Lo mismo y por idénticos motivos sucedió en Berlín. Merced á esta negligencia, prolongada por varios meses, la cuestión de la garantía quedó en suspenso, y los ministros ingleses sin mala intención se vieron autorizados para diferir la evacuación. La guarnición napolitana, que según el tratado debía pasar á Malta mientras se reconstituía la orden, fué recibida en dicha isla, pero sólo fuera de las fortificaciones. Dió por fin señales de vida la cancillería francesa; pero demasiado tarde, porque el emperador de Rusia, deseoso de explicarse, negó rotundamente su garantía. Agregóse á esto otro embarazo: el gran maestro nombrado por el papa, que era el baillío Ruspoli, alarmado por el fin que había tenido su predecesor Mr. de Hompesch, viendo que la misión de la orden de Malta ya no era combatir á los infieles, sino guardar equilibrio entre dos grandes naciones marítimas con la certeza de llegar á ser presa de una ú otra, no quería aceptar la dignidad onerosa y vana que se le ofrecía, y permanecía insensible, así á las instancias de la corte romana, como á las urgentes invitaciones del primer cónsul.

Tales fueron las circunstancias que hicieron diferir la evacuación de Malta hasta el mes de noviembre de

1802. De aquí resultó que el gabinete inglés se sintió poderosamente tentado á diferirla más todavía; en efecto, el día mismo en que el agente Moore salía para Suiza, una fragata daba la vela hacia el Mediterráneo para llevar á la guarnición de Malta la orden de permanecer allí: error gravísimo en un ministerio que deseaba conservar la paz, pues iba á excitar en Inglaterra una codicia nacional á la que nadie podría resistir después de haberla fomentado. Infringía además formalmente el tratado de Amiéns en presencia de un adversario que cifraba su orgullo en observarlo con toda puntualidad, y que pondría todavía más empeño en que se cumpliese por todos los que le habían firmado (1).

Esta conducta era á un mismo tiempo irregular é imprudente. Muy mal recibidas fueron por el gabinete francés las reclamaciones del gabinete británico en favor de la independencia suiza, y aunque no fuese difícil prever las consecuencias de aquella mala acogida, el primer cónsul permaneció inflexible, persistiendo más que nunca en sus resoluciones. Reiteró sus órdenes al general Ney, y le mandó que las ejecutase de la manera más pronta y decisiva. Quería probar que el supuesto levantamiento nacional de Suiza sólo era una tentativa ridícula, provocada por el interés de unas cuantas familias y sofocada en su misma cuna.

Tenía el convencimiento de que esta circunstancia obedecía á un gran interés nacional; pero también le aguijoneaba esa especie de provocación que á la faz de la Europa se le dirigía, puesto que los sublevados propalaban sin rebozo, y sus agentes por doquier lo repetían, que el primer cónsul tenía las manos atadas y no se atrevería á moverse. La respuesta dada de su orden á lord Hawkesbury tenía cosas verdaderamente extraordinarias: reduciase á lo siguiente, y no aconsejamos á nadie que la tome por modelo.

«Está usted encargado de declarar, escribía Mr. de Talleyrand á Mr. Otto, que si el ministerio británico por causa de su situación parlamentaria se vale de alguna notificación ó publicación de la cual pueda resultar que el primer cónsul ha dejado de hacer tal ó cual cosa por habérselo estorbado, éste le llevará á cabo al instante mismo. Por lo demás, digan lo que quieran ó dejen de decir, su resolución en cuanto á la Suiza es irrevocable; no será él quien entregue los Alpes á mil quinientos mercenarios pagados por la Inglaterra. No quiere que la Suiza se convierta en una nueva Jersey. El primer cónsul no deseaba la guerra, porque cree que el pueblo francés puede sacar de la extensión de su comercio la misma ventaja que de la extensión de su territorio, más no le tendrá consideración alguna si el honor ó el interés de la república exigiesen que volviera á tomar las armas. No hable usted nunca de guerra, decía además Mr. de Talleyrand á Mr. Otto, pero no tolere usted tampoco que le hablen de ella; la más pe-

(1) Para ser justos es preciso reconocer que ni la Inglaterra ni la Francia observaban con todo rigor las condiciones y términos del tratado de Amiéns.

El primer cónsul por su parte eludía las indemnizaciones debidas al príncipe de Orange y al rey de Cerdeña, dominaba á la Holanda, á la Suiza, á la Italia y á la España, y hasta invadía el Valais. La Gran Bretaña por la suya seguía ocupando casi todas las posesiones que había prometido ceder. Bien persuadidos estaban ambos gabinetes de que entre ellos no se había celebrado una paz sólida, sino una mera tregua.

(N. del T.)

queña amenaza, por indirecta que sea, debe recogerse con la mayor altanería. Por otra parte, ¿con qué guerra pueden amagarnos? ¿Con la guerra marítima? Nuestro comercio renace ahora y la presa que pudiéramos ofrecer á los ingleses sería de muy pequeño valor. En nuestras Antillas no escasean los soldados aclimatados; sólo Santo Domingo contiene veinticinco mil. Podrían bloquear nuestros puertos, es verdad; pero en el instante mismo de la declaración de guerra se vería la Inglaterra bloqueada á su vez. Las costas de Hannover, de la Holanda, del Portugal y de Italia hasta Tarento caerían en poder de nuestras tropas. Esas regiones cuya dominación declarada se nos achaca, la Liguria, la Lombardia, Suiza y la Holanda, en vez de continuar en esa situación incierta en la cual nos suscitan mil embarazos, quedarían convertidas en provincias francesas de que sacaríamos inmensos recursos, y de ese modo nos veríamos obligados á realizar ese imperio de las Galias con que se pretende incesantemente alarmar á la Europa. ¿Y qué sucedería si el primer cónsul, dejando á París para irse á establecer á Lila ó á Saint-Omer, reuniendo todas las naves de Flandes y de Holanda, y preparando medios de transporte para cien mil hombres, hiciese vivir á la Inglaterra en la agonía de una invasión siempre posible y casi segura? ¿Suscitaría la Inglaterra una guerra continental? ¿Dónde encontraría aliados? No en la Prusia ni en la Baviera, que deben á la Francia la justicia que han alcanzado en los arreglos territoriales de la Alemania. No en el Austria, aniquilada por haber querido coadyuvar á la política británica. En todo caso, si la guerra continental se renovase, la Inglaterra sería la que nos hubiera obligado á conquistar la Europa. El primer cónsul sólo tiene treinta y tres años: aún no ha destruido más que Estados de segundo orden. ¿Quién sabe qué tiempo le bastaría para cambiar, si se viera precisado á hacerlo, la faz de la Europa y resucitar el imperio de Occidente (2)?»

Todas las desgracias de Europa y todas las de la Francia también se encerraban en estas formidables palabras, que por su tono profético se creerían dictadas á sabiendas (3). Empezaba, pues, el león ya adulto á conocer su fuerza y se disponía á hacer uso de ella. La Inglaterra, protegida por la barrera del Océano, se complacía en exasperarle; pero esa barrera no era por cierto insuperable, y aún le faltó muy poco para salvarla. Si esto se hubiera verificado, la Inglaterra hubiera llorado amargamente los desmanes á que la inducía su incurable envidia. Por otra parte, esa política era cruel con respecto al continente, puesto que se le exponía á todas las consecuencias de una guerra promovida contra toda razón y justicia.

Mr. Otto tenía orden de no hablar ni de Malta ni

(2) ¿Puede ser este lenguaje más impertinente, gárrulo é insultante? Compárese con el lenguaje digno y mesurado de todas las notas de lord Hawkesbury, y se reconocerá que es preciso estar muy obcecado y dominado por un espíritu de parcialidad, imperdonable en un historiador, para citar como modelos de ciencia política éste y otros retazos, que en rigor sólo atestiguan que, á pesar de su genio, incurría muy á menudo Bonaparte con su insuperable orgullo y sus bravatas en defectos comunes á los hombres vulgares.

(N. del T.)

(3) La nota cuya substancia hemos trasladado lleva la fecha de 1.º brumario del año XI; escribela Mr. de Talleyrand á monsieur Otto, dictada por el primer cónsul.

(N. del A.)

de Egipto, por cuanto ni aún se quería suponer que pudiese la Inglaterra violar un tratado solemne firmado á la faz del mundo. Limitábase la prescripción á que resumiese toda la política de la Francia en estas palabras: *Sólo el tratado de Amiens, y éste por completo.*

Mr. Otto, que era un hombre de juicio, de todo punto sumiso al primer cónsul, pero capaz en caso de utilidad de poner algo de su parte al cumplimentar las órdenes que recibía, templó mucho las palabras altaneras de su gobierno. No obstante, con esta respuesta, aunque suavizada, puso en aprieto á lord Hawkesbury, el cual, aterrado con la próxima reunión del parlamento, hubiera deseado tener algo satisfactorio que decir. Insistió en que se le pasara alguna nota; Mr. Otto tenía orden de negarse á ello, y se la negó, declarando no obstante que la reunión de los principales ciudadanos de Suiza en París no tenía por objeto imitar lo que se había hecho en Lyon cuando la consulta italiana, sino tan sólo proporcionar á aquel país una constitución sabia, basada en la justicia y en la naturaleza del suelo, sin triunfo de partido alguno á costa de otro. Lord Hawkesbury, que durante esta conferencia con Mr. Otto supo que le estaba esperando el gabinete inglés, reunido en aquel momento para saber la respuesta de la Francia, se mostró turbado y descontento. A la declaración de *sólo el tratado de Amiens y éste por completo*, cuyo alcance comprendía, puesto que hacía alusión á Malta, contestó con esta máxima: *el mismo estado que tenía el continente en la época del tratado de Amiens, y nada más.*

Este modo de establecer la cuestión suscitó una respuesta inmediata y categórica del primer cónsul. La Francia, dijo de orden suya Mr. de Talleyrand, acepta la condición propuesta por lord Hawkesbury. Cuando se firmó el tratado de Amiens tenía la Francia diez mil hombres en la Suiza, treinta mil en el Piamonte, cuarenta mil en Italia y doce mil en Holanda. ¿Se querrá por ventura que vuelvan las cosas al mismo pie? En aquella época se ofreció á la Inglaterra transigir sobre los negocios del continente, pero con la condición de que reconociese y garantizase los Estados nuevamente constituidos. No ha querido hacerlo, y ha preferido permanecer extraña al gobierno de Etruria, á la república italiana y á la república de la Liguria. Con esto lograba la ventaja de no tener que garantizar estos nuevos Estados, pero también perdía el derecho de intervenir en lo sucesivo en lo concerniente á ellos. Fuera de esto, bien sabía todo cuanto se había hecho y todo lo que debía hacerse. Sabía que la república italiana había conferido su presidencia al primer cónsul, sabía el proyecto de reunir el Piamonte con la Francia, puesto que se le había negado la indemnización para el rey de Cerdeña; y sin embargo, firmó el tratado de Amiens! ¿De qué se quejaba, pues? Una cosa sola ha estipulado, que ha sido la evacuación de Tarento en el término de tres meses, y esta evacuación se ha llevado á efecto en dos. En cuanto á la Suiza, sabido era que se trabajaba en constituir la, y nadie podía imaginarse que la Francia permitiera hacer en ella una contrarrevolución. Pero de todos modos, aun desde el punto de vista del derecho estricto, ¿qué puede objetarse aún? El gobierno helvético ha reclamado la mediación de la Francia, también la han reclamado los pequeños cantones pidiendo es-

tablecer bajo los auspicios del primer cónsul sus relaciones con la autoridad central. Los ciudadanos de todos los partidos, aun los del partido oligárquico, como Mulinen y d'Affry, se hallan en París conferenciando con el primer cónsul. Los negocios de Alemania ¿qué tienen de nuevo para la Inglaterra?, ¿qué son sino el cumplimiento literal del tratado de Luneville conocido y publicado mucho antes que el tratado de Amiens? ¿Por qué ha firmado la Inglaterra los arreglos adoptados para la Alemania si le parecía mal secularizarla? ¿Por qué el elector de Hannover, que es también rey de la Gran Bretaña, ha aprobado la negociación germánica aceptando el obispado de Osnabruck? Y por otra parte, ¿por qué se ha tratado tan bien y con tanta largueza á la casa de Hannover sino por consideración á la Inglaterra? El gabinete británico hace seis meses no quería volverse á mezclar en los negocios del continente; hoy varía de parecer; que haga, pues, lo que guste; ¿pero tendrá por ventura en estos negocios más interés que la Prusia, la Rusia y el Austria? Pues bien: estas tres potencias acaban de adherirse á la reforma verificada en Alemania; ¿y cómo puede la Inglaterra creerse más fundada que ellas para juzgar de los intereses del continente? Verdad es que el nombre del rey de Inglaterra no ha figurado en la gran negociación germánica; no se le mienta siquiera, y eso puede ofender á su pueblo que cifra con justicia su orgullo en ocupar un lugar distinguido en Europa; ¿pero quién tiene la culpa sino la Inglaterra misma? Nada hubiera deseado más el primer cónsul que poder tener con ella amistad y confianza, y resolver de consuno las grandes cuestiones que acababa de resolver de mancomún con la Rusia; pero para que haya amistad y confianza debe haber correspondencia, y en la actualidad en Inglaterra sólo se oyen hoy gritos de rencor contra la Francia. Dícese que así lo quiere la Constitución inglesa; sea en buen hora; pero no prescribe la Constitución que se tolere en Londres á los folletistas franceses y á los autores de la máquina infernal, ni que se reciba y trate como á príncipes, con todos los honores debidos á la soberanía, á los miembros de la casa de Borbón. Cuando el primer cónsul vea á la Inglaterra animada de otros sentimientos, él también variará de idea, y repartirá con ella la influencia europea de que ahora ha hecho partícipe á la Rusia.

Ciertamente no sabemos si nuestros sentimientos patrióticos nos ciegan; pero buscamos la verdad, sin distinción de naciones, y nos parece que no había nada que responder á la enérgica argumentación del primer cónsul. La Inglaterra, firmando el tratado de Amiens, no ignoraba que la Francia dominaba los Estados vecinos, ocupaba con sus tropas á Italia, Suiza y Holanda, é iba á proceder á la repartición de las indemnizaciones germánicas: no lo ignoraba, y urgiéndole la paz firmó aquel tratado sin curarse de los intereses del continente. Pero ahora que la paz tenía á sus ojos menos encanto que en los primeros días; ahora que su comercio veía que no sacaba de ella todas las ventajas que se prometió en un principio; ahora que el partido Pitt levantaba la cabeza; finalmente, ahora que la tranquilidad que sucedía á las agitaciones de la guerra permitía distinguir más claramente el poder y la gloria de la Francia, la Inglaterra se sentía devorada de envidia y,

sin poder invocar la menor infracción del tratado de Amiens, cobijaba la idea de infringirlo por su parte de la manera más atrevida é inaudita (1).

Parécenos que Mr. Haugwitz había llegado á conocer muy á fondo con su rara sagacidad al gabinete británico, cuando con este motivo decía á nuestro embajador: «A ese pobre ministerio Addington le urgía tanto firmar la paz, que pasó por todo sin suscitar la menor objeción; hoy echa de ver que la Francia es grande y que obtiene las consecuencias de su grandeza, y ya quiere desgarrar el tratado en que puso su firma.» Mientras se verificaba este cambio de comunicaciones tan enérgicas entre Francia é Inglaterra, la Rusia, que había acogido las reclamaciones de los sublevados suizos y las quejas de los ingleses, escribió á París una nota, asaz mesurada, en la que absteniéndose de reproducir las recriminaciones de la Gran Bretaña, insinuaba no obstante al primer cónsul que para conservar la paz convenía calmar ciertos celos que excitaba en Europa el poder de la república francesa, y que á él era á quien cumplía hacerlo, así por su moderación como por respeto á la independencia de los Estados vecinos. Este prudente consejo hacía alusión á la Suiza, no era ofensivo para el primer cónsul, y cuadraba muy bien con el papel de moderador imparcial que el joven emperador quería á la sazón constituyese la gloria principal de su reinado. La Prusia por su parte había declarado que aprobaba altamente que el primer cónsul no tolerase en Suiza un foco de intrigas del Austria y de la Inglaterra; que tenía razón de apresurarse y no dar tiempo á sus enemigos de aprovecharse de semejantes embarazos, y que todavía obraría mejor si les quitase todo pretexto de queja, guardándose de renovar en París la consulta de Lyon. El Austria por fin afectaba no mezclarse en aquel asunto, ni tampoco se atrevía á hacerlo necesitando aún de la Francia por las consecuencias de los negocios de Alemania.

El primer cónsul opinaba lo mismo que sus amigos: quería obrar prontamente y no imitar en París la consulta de Lyon, esto es, que no se le hiciese presidente de la república helvética. Fuera de esto, la desesperada resistencia que, según se decía, le había de oponer al patriotismo de los suizos, sólo era, lo que no podía menos de ser, una extravagancia de los emigrados. Así que el coronel Rapp al llegar á Lausana se presentó á las avanzadas de los insurgentes, sin llevar un solo soldado y sólo con la proclama del primer cónsul, no encontró más que gentes enteramente dispuestas á someterse. El general Bachmann se retiró no obstante hacia Berna, manifestando el sentimiento de no haber tenido veinticuatro horas más de tiempo para arrojar al gobierno helvético al lago de Ginebra. En aquella ciudad ofrecía cierta disposición á la resistencia el partido de los oligárquicos, los cuales querían absolutamente obligar á la Francia á usar de la fuerza, creyendo comprometerla de este modo ante las potencias europeas. Pero aquella fuerza llegaba apresuradamente, y sus deseos iban á quedar satisfechos. En efecto, entraron las tropas francesas que ocupaban la frontera á las órdenes del general Ney, y el gobierno insurgente no vaciló ya más en

disolverse; los miembros de que se componía se dispersaron, declarando que sólo cedían á la violencia. La sumisión fué fácil en todas las partes, excepto en dos pequeños cantones, donde era mayor la agitación, y donde tenía la insurrección su cuna; sin embargo, allí también acabó, prevaleciendo la opinión de las gentes sensatas al acercarse nuestras tropas, y á su aspecto cesó toda resistencia formal. El general francés Serras, á la cabeza de unos cuantos batallones, se apoderó de Lucerna, de Stanz, de Schwitz y de Altorf. Fué hecho prisionero Reding con varios revolucionarios, y los sublevados se dejaron sucesivamente desarmar. El gobierno helvético refugiado en Lausana se trasladó á Berna, escoltado por tropas de Ney, quien pasó allí personalmente siguiéndole sólo una media brigada. En pocos días la ciudad de Constanza, donde se había establecido el agente inglés Moore, se vió llena de emigrados del partido oligárquico, que regresaban después de haber consumido inútilmente el dinero de Inglaterra, ridiculizando sin el menor rebozo el resultado de tanta bulla y alharaca. Mr. Moore regresó á Londres á dar cuenta del mal éxito de aquella intentona helvética, promovida con objeto de convertir la región de los Alpes en una nueva Vendée.

Esta rápida sumisión tenía una gran ventaja, porque probaba que los suizos, cuyo arrojo aun contra fuerzas superiores no podía ponerse en duda, no se creían obligados por honor ni por interés á resistir la intervención de la Francia. De este modo desaparecía todo motivo fundado de reclamación para la Inglaterra.

Era preciso terminar la obra de la pacificación dando una constitución á la Suiza, y fundándola en la razón y en la naturaleza del país. El primer cónsul, para que la misión del general Ney dejara de tener el carácter demasiado militar que aparentaba, le confirió, en vez del título de general en jefe, el de ministro de Francia, con las instrucciones más terminantes para conducirse suave y moderadamente con todos los partidos. Por otra parte, no había más que seis mil franceses en Suiza; todos los demás habían quedado en la frontera.

Se pensó celebrar en París una reunión de hombres de todas las opiniones, así revolucionarios ardientes como oligárquicos pronunciados, siempre que fuesen personajes influyentes en el país y rodeados de algún prestigio. Acudieron sin titubear los revolucionarios de todos los matices designados por los cantones; pero los oligárquicos se negaron á nombrar representantes, porque querían permanecer extraños á cuanto se hiciese en París para no perder su derecho á protestar. Fué menester que el primer cónsul designase las personas que los habían de representar. Eligió á varios, especialmente á tres de los más conocidos, que fueron Mulinen, d'Affry y de Watteville, todos de claro linaje, y distinguidos por su ilustración y carácter; mas como persistiesen éstos en no acudir, hízoles entender Mr. de Talleyrand que su resentimiento era inoportuno, que no se les llamaba para hacerles presenciar el sacrificio de las opiniones que les eran caras; que por el contrario, se mantendría la balanza igual entre ellos y sus adversarios; que siendo buenos ciudadanos y hombres de luces, no debían negarse á contribuir á una Constitución en que se procuraría de buena fe conciliar todos los intereses legítimos y que por otra parte fijaría por

(1) Por lo que hace á los secretos planes de ambos gabinetes, bueno es tener presentes las notas anteriores. (N. del T.)